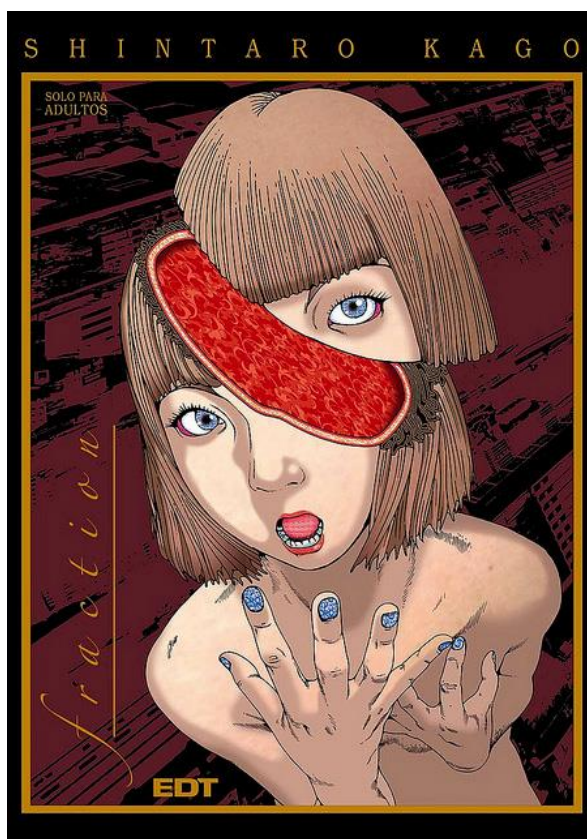


Fraction

Shintaro Kago

EDT, 2013

Si en 2012 hubo un autor que impactara en el mercado español, ese fue Shintaro Kago. *Reproducción por mitosis y otras historias* (EDT, 2012) irrumpió con una fuerza infrecuente, y atrajo casi de inmediato la atención de críticos y, a juzgar por la presteza con la que EDT saca nuevos tomos con su material, también del público. Sin embargo, los siguientes libros con historias de Kago no parecen haber despertado el mismo entusiasmo, en parte posiblemente por la frecuencia con la que aparecen, pero también porque en *Reproducción...*, por lo visto hasta ahora, ha resultado encontrarse lo mejor y más revolucionario de su producción.



Lo que hace Kago suele encuadrarse dentro del *ero guro*, cuya traducción aproximada sería “erótico grotesco”. Es un género específicamente japonés que Alberto García Marcos define como uno en “donde el erotismo se fusiona con la decadencia física, la mutilación, la violencia y distintas parafilias que incluyen la zoofilia, la necrofilia o la coprofagia”.¹ Kago centra gran parte de sus energías en mostrar la profanación de los cuerpos humanos. Sin embargo más allá de la escatología, hay otra

¹ GARCÍA MARCOS, A. “Manual de uso: *Ero guro*”. En *numerocero.es*. (2013), disponible *on line* en <http://numerocero.es/literatura/articulo/manual-uso-ero-guro/1722>

cuestión interesante: el daño sobre los cuerpos vivos a menudo es completamente irreal, y lejos de causar dolor o muerte, permite su modificación. Es algo que entronca con el *ciberpunk*, pero si en aquel el cuerpo se combinaba con la máquina, en las historias de Kago el cuerpo es la máquina. En “El secreto de Shikitei Rokuba” (*Cuaderno de masacres*, EDT, 2013) el cuerpo se puede cortar en fragmentos que luego son combinados con los de otras personas; en “Las cápsulas sorpresa de Sôbei” (*Ibíd.*), un puñado de jovencitas son convertidas en máquinas expendedoras de bolas con premios: la metáfora no podría ser más clara. En la mayor parte de sus mangas ese contenido extremo va acompañado de una experimentación formal igual de expeditiva. Aunque algunos tienden a diferenciar ambas facetas, en mi opinión están estrechamente unidas: la exploración de la carne es la exploración del medio, la degeneración de una refleja la del otro, y ambas son en realidad la representación visual de la ruina moral. Kago nos enfrenta a lo que no queremos ver y nos lleva a los límites de nuestros propios tabúes.

No ha habido desde Chris Ware ningún autor que haya ampliado tanto los límites de la experimentación, si bien Kago es deliberadamente más artificioso. La mayor parte de su repertorio se basa en una premisa básica: transformar lo extradiegético en diegético. Así, puede dotar de existencia *física* a los marcos de las viñetas o a los bocadillos, de forma que se convierten en elementos presentes en la realidad donde suceden las historias y pueden influir en ellas. En uno de los relatos más celebrados de Kago, “Génesis ciudadana” (*Reproducción por mitosis y otras historias*, EDT, 2012) las viñetas son edificios tridimensionales que van girando para mostrar la secuencia de acción. Habitualmente, estos experimentos tienden a degenerar, mutan descontrolados y terminan casi siempre en un fallo del sistema. Exactamente igual que pasa con los experimentos carnales que los personajes llevan a cabo.

Todo lo anterior está en *Fraction*, especialmente en la historia homónima, que abre el volumen. Su extensión y ambición eclipsan, quizás inmerecidamente, al resto de historias, más breves y en la línea de su producción habitual, sin sorpresas; pero no tengo más remedio que asumir esta injusticia y centrarme en la lectura de “Fraction”.

A un nivel superficial “Fraction” es una típica historia de asesino en serie. pero pronto descubrimos que en realidad es, antes que eso, una obra de tesis en la que Kago quiere exponer muchas ideas sobre su trabajo; demasiadas. Las obras de tesis, creo, entrañan muchos riesgos, y no puedo decir que Kago los sortee todos.

En las primeras páginas la acción se centra en la trama de asesinatos, perpetrados por “el rebanador”, un chico que corta a sus víctimas por la mitad. En la previa de un asesinato, se descubre que es aficionado a las películas *gore*, e incluso va al cine a ver un film de Darío Argento. La posterior conversación sobre el género no viene demasiado a cuento, salvo si entendemos que ya desde el principio, y aunque sea a través de los personajes, Kago está reflexionando sobre su trabajo, en este caso sobre la influencia del cine occidental en el *ero guro*, que tan bien cartografió Jordi Costa.¹²

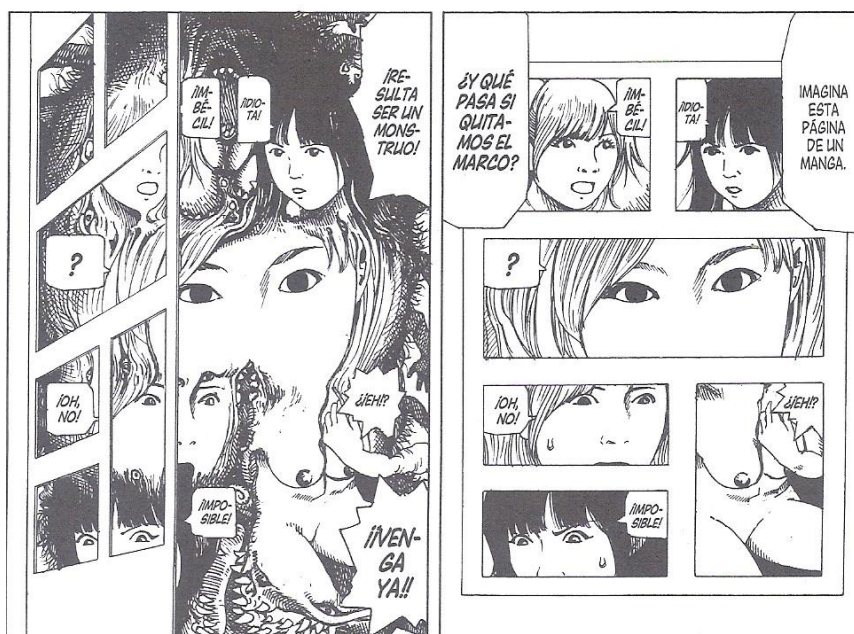
El segundo capítulo de “Fraction” supone su primera vuelta de tuerca: el propio Shintaro Kago aparece como protagonista, y habla con una amiga sobre el *ero guro* y reflexiona sobre el mercado editorial. Si la inclusión de esta opinión personal desconcierta —los peligros de las obras de tesis, decía—, la siguiente escena es aún más extraña: una divagación sobre el coleccionismo, para Kago un “trastorno” que él mismo sufre. “El coleccionismo es la ciencia que estudia el sentido de la existencia de las cosas” (p. 37). Podemos pensar que es algo superfluo, pero la insistencia en que está “trastornado” y busca sistematizar y dar sentido al mundo encaja perfectamente con lo que veremos más adelante, con su exploración formal y su modo de llevarla a cabo.

La trama de los asesinatos comienza a complicarse hasta el punto de que el protagonista cree estar perdiendo la cabeza. Pero lo importante lo descubrimos luego, durante una reunión entre Shintaro Kago y su editora: esta le habla de los crímenes, de manera que el lector comprende que ambas tramas suceden en el mismo *universo*. Kago se ha situado en el mismo nivel que la historia que narra. Revela a su editora que está

¹² COSTA, J. “Un zoom para Shintaro Kago”, en VV. AA. *Supercómic. Mutaciones de la novela gráfica contemporánea*. Madrid, Errata Naturae, 2013, pp. 183-200.

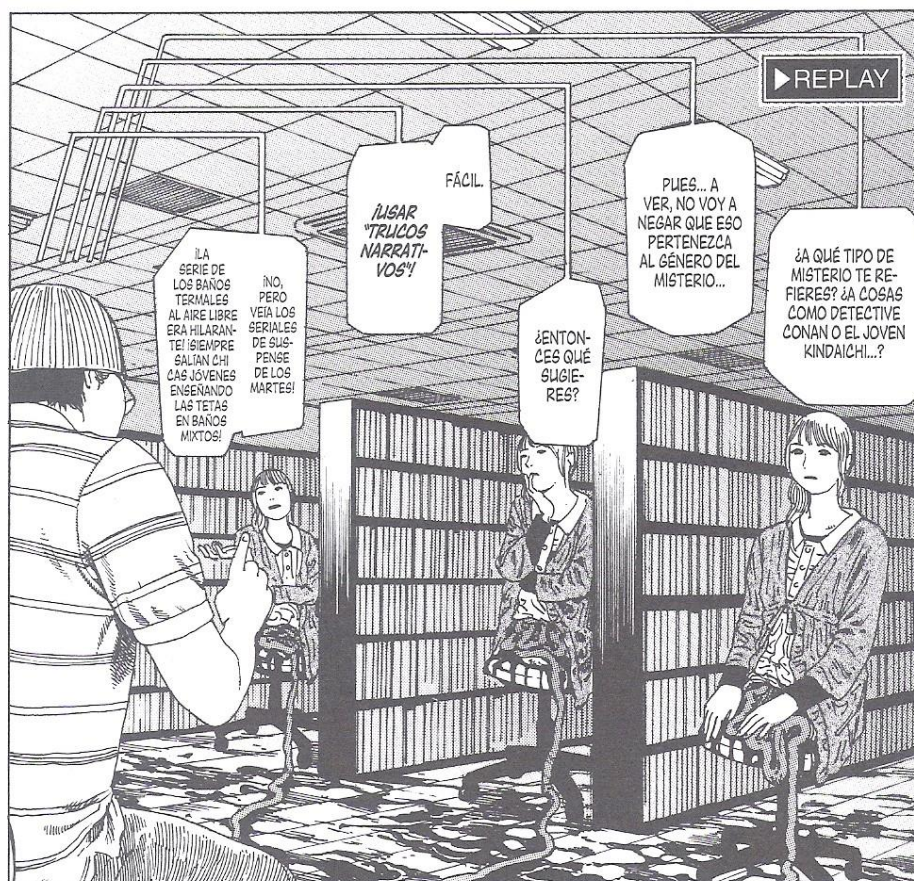
pensando en cambiar de género y escribir historias de misterio, empleando lo que llama “trucos narrativos”, que se emplearían para engañar al lector, como sucede en las novelas de misterio. “Se trata de usar técnicas de engaño basándose en ‘prejuicios’, ‘ideas preestablecidas’ y ‘predisposiciones’ de la gente” (p. 69). Es decir, que consiste en jugar con las expectativas del lector, en hacer que lo que se da por hecho no sea lo que parece. Resulta muy significativo que Kago no recurra al cine, lo que parece más obvio dada su naturaleza visual, sino a la literatura, e intente *traducir* el concepto de los trucos narrativos sin copiar su ejecución práctica.

A partir de entonces, Kago desarrolla su teoría de los trucos narrativos glosando muchos —demasiados— ejemplos: personajes que parecen en movimiento pero están quietos, escenas que parecen una cosa pero, al ampliar el plano, son otra, y de nuevo sus clásicos, aquellas jugadas formales que ya vimos en *Reproducción por mitosis y otras historias*: que tras la plantilla de viñetas haya una única imagen, de manera que modificar dicha rejilla afecte a lo que el lector ve, o que las dos dimensiones de la página sean tres, lo que afectaría, por ejemplo, a los bocadillos de diálogo.



“Fraction”. (p. 94, detalle, sentido de lectura oriental).

Hasta aquí, la exposición es forzada y excesivamente prolija, pero funciona. Y sirve para que Kago explique su tesis y racionalice de alguna forma lo que hace no solo en “Fraction”, sino en otras muchas historias. Pero aún falta una vuelta de tuerca más, la definitiva para hacer saltar por los aires todo el mecanismo de relojería por pura presión: resulta que Kago es el imitador del asesino en serie original, y ha matado a su editora y a sus dos hermanas, a las que ha cortado por la mitad y colocado en diferentes posturas para simular la conversación que acabamos de leer, cuyos globos, una vez ampliado el plano, vemos que apuntan todos a él con sus rabos.



“Fraction” (p. 102, detalle, sentido de lectura oriental).

Al mismo tiempo, en la historia del asesino, se descubre que en realidad tanto él como otros personajes que aparentemente habían muerto cortados por la mitad en

realidad carecen de piernas, sustituidas por otra persona también sin piernas, que anda sobre sus manos. Puede parecer extraño, pero si uno ha leído ya cosas de Kago sabe que no es, ni por asomo, lo más raro que se le ha ocurrido.

Por tanto Kago no solo ha empleado trucos narrativos en su historia de asesinatos, sino que convierte su exposición sobre el tema en una lección práctica. Así refuerza el metarrelato, pero posiblemente el resultado habría sido menos confuso si hubiera mantenido separadas la historia del asesino y la suya propia.

Basta volver a leer “Fraction” para percatarse de que nunca vemos las piernas del asesino, o que la editora, efectivamente, solo tiene tres posturas a partir de cierto momento, una por cadáver recolectado por Kago. Todo perfectamente encajado y medido para que funcione, como en esas novelas de misterio que cita, *a posteriori*, tras revelar los trucos. ¿qué necesidad hay entonces de explicar todos y cada uno de ellos en lugar de dejar que el lector los deduzca? ¿Por qué ese subrayado tosco, esas escenas de *replay* en las que vemos de nuevo momentos de la historia, pero esta vez con el truco desvelado? Parece como si Shintaro Kago no pudiera resistir la tentación de mostrarnos lo inteligente que ha sido, y hasta el último detalle de su intrincada obra de ingeniería. O, peor, como si no confiara en que sus lectores pudieran descifrarlos solos. A ese mismo temor parece responder la larga e innecesaria justificación sobre el absurdo derrotero que toma la historia del asesino en serie, llena de ejemplos para intentar que creamos que sería factible que dos tipos sin piernas se hicieran pasar por uno entero. ¿Por qué habrá pensado Kago que es necesario justificar la verosimilitud de esta historia y no la de otras con conclusiones aún más descabelladas? Es *ero guro*, y es Kago: estamos más que acostumbrados a la aparición de este tipo de motivos, nos gustan y los aceptamos, no porque pudieran suceder en nuestra realidad, sino porque encajan en la suya. Y dejan de funcionar en ella únicamente cuando intenta explicárnoslos con las reglas de la nuestra.

Solo Shintaro Kago podría haber intentado este triple salto mortal, de todas formas, y eso hay que tenerlo en cuenta. Y si se ha acabado estampando contra el suelo

no ha sido por falta de habilidad, sino por exceso de vanidad, o de desconfianza hacia el lector. Pero este fracaso dice más sobre su calidad como autor que algunos éxitos, o que las historias rutinarias que a veces hemos leído. Se nota que Kago *necesitaba* hacer esto, exponer a sus lectores una serie de cuestiones que tenía en la cabeza. El error ha estado en querer quitarse de golpe, en la misma historia, todas esas obsesiones sobre si su obra se está entendiendo. En querer hacer la obra de tesis definitiva. Quizás “Fraction” es un intento de volverse más accesible, algo que a juzgar por lo que dice su alter ego en la historia le preocupa. En cualquier caso, creo que ha conseguido precisamente el efecto contrario: con una obra así, Kago se consagra como un autor complicado y duro. Lo que no tiene nada de malo, en realidad.

GERARDO VILCHES

Gerardo Vilches es licenciado en Historia por la UCM y máster en Métodos y técnicas de investigación por la UNED. Escribe sobre cómics en su blog, [The Watcher and the Tower](#), y en [Entrecomics](#). Colabora con Rockdelux y ha participado con varios textos en Panorama: la novela gráfica española hoy y en el monográfico sobre manga bizarro de la revista Quimera. Es autor de Anatomía de un oficinista japonés. Realiza su tesis doctoral sobre las revistas satíricas de la transición, y como le quedaba un poco de tiempo libre, no se le ocurrió otra cosa que montar junto a Octavio Beares esta revista que estás leyendo.